

EL MANIFIESTO DE HISTORIADORES Y LOS DEBATES DE LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA ACTUAL

Germán Alburquerque Fuschini (*)

(14 págs)



Abstract

This article studies the debates that Chilean historians of different tendencies have developed in recent years. In particular, beginning with the Manifiesto de Historiadores, the reactions it provoked, and the debates published in the journal El Mercurio in 1999. This essay states that the discussions reveal the positions that Chilean historiography adopts when faced with the key themes of the discipline: the concept of History, the social function of History and historians, memory, etc.

1.- Introducción*

¿Qué temas se debaten en la historiografía chilena actual? ¿Es nuestra historiografía “moderna”? ¿Se insertan esos temas dentro de la discusión historiográfica occidental? Son éstas las preguntas que pretendo dilucidar^{1[1]}.

(*) Licenciado en Historia, estudiante de Magister en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.
galbur@entelchile.net

Debo admitir que quizá este ensayo no sea espacio suficiente como para obtener resultados definitivos. Y pienso en los alcances de mi reflexión, la que se ha circunscrito a dos polémicas que han sacudido el a menudo aletargado gremio de los historiadores. Estas dos polémicas suscitaron cierto revuelo público y la atención de los medios periodísticos. Manifiestos, reseñas, réplicas y contra-réplicas conforman un corpus del que se desprenden opiniones y sensibilidades acerca de la teoría de la historia, de la historia de Chile y de la historiografía nacional. Pues bien, ¿dónde radica la limitación de mi enfoque? Creo que es reductivista juzgar el nivel y situación de la historiografía por lo que aflora en el debate público. Probablemente las polémicas divulgadas a través de la prensa constituyan un “sub-género” particular al interior de la historiografía, que requiere de un tratamiento especial. Y esto porque están dirigidas a un público amplio –no sólo al interlocutor- y necesitan ser más directas, incisivas y asertivas para aventajar al oponente. Al apelar a la retórica se acercan más al debate oral que a la exposición escrita de carácter académico. Sería en esta última donde se descubriría el verdadero nivel de la disciplina, en la producción historiográfica misma, en los libros y artículos y no en las columnas destinadas a aparecer en el diario de mayor circulación nacional. Las discusiones más profundas y acabadas –aunque también más cerradas- se verifican en el plano de las investigaciones, allí los historiadores, con un tono sutil, enfrentan sus argumentos. Lo que quiero decir, en definitiva, es que para determinar el grado de avance y actualidad de la historiografía chilena serviría menos investigar lo que expresa un grupo limitado aunque representativo de polemistas que examinar la producción historiográfica de los últimos años en su conjunto. Esto, obviamente, significaría un trabajo de proporciones mucho mayores de las que me propongo aquí. Mi misión, por tanto, será la de analizar dos debates bajo el entendido que en ellos afloran, simplificados, una serie de conceptos, sensibilidades, perspectivas y orientaciones que dan cuenta –por supuesto, no en forma exhaustiva- de lo que ocurre hoy en la historiografía chilena.

2.- Los debates

Corresponde ahora referirse en concreto a las polémicas que nos ocupan. La primera de ellas nació como una reacción al caso Pinochet. Como es sabido, el ex dictador fue detenido en Londres, donde permaneció varios meses. Durante ese tiempo redactó su “Carta a los chilenos”, en la que confirmó su juicio acerca del período histórico del que se declara un “inocente” protagonista. Los sucesos reavivaron de algún modo la lectura del Golpe de Estado de 1973, sus orígenes y consecuencias. El diario *La Segunda* comenzó a publicar una serie de fascículos del historiador Gonzalo Vial referidos al período 1964-1973. Como respuesta a la carta de Pinochet y a los escritos de Vial nació el [*Manifiesto de historiadores*](#)^{2[2]}.

El documento fue firmado el 25 de enero 1999 por once historiadores (más bien) de izquierda y próximos al ejercicio de la historia social, preferentemente^{3[3]}. Se atribuye su redacción a Gabriel Salazar, aunque la iniciativa se la adjudica Armando de Ramón. Vio la luz pública el 2 de febrero de

^{1[1]} Agradezco las sugerencias y los comentarios con los que Miguel Valderrama me orientó y ayudó a mejorar este trabajo.

^{2[2]} Grez, Sergio y Salazar, Gabriel (compiladores), *Manifiesto de historiadores*, Lom, Santiago, 1999.

^{3[3]} La nómina de firmantes: Mario Garcés, Sergio Grez, María Eugenia Horvitz, María Angélica Illanes, Leonardo León Solís, Pedro Milos, Julio Pinto, Armando de Ramón, Jorge Rojas Flores, Gabriel Salazar y Verónica Valdívía Ortiz de Zárate.

ese año a través del mismo periódico *La Segunda*, aunque pronto fue reproducido en otros medios. Tanto en Chile como en el extranjero recibió innumerables firmas de adhesión. El texto del *Manifiesto*, las firmas, las contra-réplicas y otros comentarios y profundizaciones sobre el mismo se editaron en un económico volumen en septiembre del 99 (ver Bibliografía).

La segunda polémica se verificó meses más tarde, entre mayo y agosto de 1999. A propósito del reciente lanzamiento de la *Historia contemporánea de Chile*, tomos I y II (de un total de cuatro), de los organizadores Julio Pinto y Gabriel Salazar^{4[4]}, se publicó en el diario *El Mercurio* –escenario virtual de toda la discusión- una generosa [reseña](#) de la historiadora María Angélica Illanes. Le siguió un comentario de Sergio Villalobos, para luego, como bola de nieve, agregarse al debate los propios autores y Rodrigo Ahumada. En total son ocho artículos, los cuales fueron recogidos por *Cuadernos de Historia*, la revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile (ver Bibliografía).

¿Qué posiciones se enfrentaron en estos debates? Con ocasión del *Manifiesto*, como ya se adelantó, por una parte aparecen los firmantes, sus comentaristas y los adherentes, la mayoría de ellos afines a posturas de izquierda, de inspiración marxista o neomarxista (no es éste el lugar ni estoy en condiciones de definirlos intelectualmente), aunque con un importante aporte de sectores socialdemócratas y del centro político. Su solitario rival, Gonzalo Vial, representa más bien a la derecha pinochetista y se le puede inscribir dentro de la historiografía tradicional^{5[5]}, aunque no representa una escuela o grupo ni tiene un séquito de seguidores.

En la segunda polémica, de un lado se repiten nombres que lanzaron el *Manifiesto*: los autores de la *Historia contemporánea*, Julio Pinto y Gabriel Salazar, y su comentarista María Angélica Illanes. Del otro lado aparecen Sergio Villalobos y Rodrigo Ahumada, el primero es Premio Nacional de Historia y probablemente el historiador chileno vivo más importante, mientras que el segundo –sin una trayectoria acabada aún- se ha especializado en epistemología histórica.

3.- Los temas

De ambas polémicas se han recogido aquellos elementos más ilustrativos de las concepciones en boga sobre la disciplina, agrupándolos en distintas categorías. Es oportuno aclarar que aquí no se han analizado, ni sintetizado, ni reconstruido los debates en sí, sino que se han extraído –descontextualizando, incluso- aquellos conceptos que revisten interés general.

Las categorías que se han establecido son: concepto o idea de la historia (historiografía); función social de la historia; historia y memoria; el lugar o posición del historiador; visión de la historia de Chile; la historiografía chilena; y estado de la disciplina.

3.1.- Concepto de historia

^{4[4]} Pinto, Julio y Salazar, Gabriel, (org.) *Historia Contemporánea de Chile*, Tomos I y II, Lom, Santiago, 1999.

^{5[5]} No me parece justo, con todo, achacarle a Vial los males que se le adjudican a la historiografía tradicional, fundamentalmente el hecho de asimilar historia de la élite con historia nacional. Cfr. Sagredo, Rafael, “Élites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, *Cuadernos de Historia*, N°16, Santiago, 1996. Sagredo sí considera cuestionable que en su obra Vial identifique el colapso aristocrático con la decadencia nacional de inicios del siglo XX (120).

¿Qué es o debe ser la historiografía según los historiadores chilenos, al menos para los que intervienen en estos debates? Existe cierto consenso en torno a los fundamentos básicos de la disciplina, en cuanto tipo de conocimiento científico que pretende explicar, interpretar y comprender los “hechos”. Pero a poco andar comienzan los disensos. Problemático es el concepto de verdad, porque, aún a estas alturas, se sigue sosteniendo la existencia de verdades absolutas. Así, [Sergio Villalobos](#) afirma, desde la trinchera del centro político y amparado en un sentido común ajeno a dogmatismos, que “pensar que no hay verdad absoluta...es caer en un historicismo a ultranza, cuyo relativismo impide ponerse de acuerdo en nada... Comenzar negando la existencia de verdades absolutas que nos guíen es abrir el camino a todas las arbitrariedades imaginables”^{6[6]}. Sin duda, [Gonzalo Vial](#), historiador conservador de la vieja escuela, estaría muy de acuerdo con lo anterior, pues aborrece del relativismo. Señala que los firmantes del *Manifiesto*, “niegan sean posibles la verdad unívoca y la objetividad en la Historia”^{7[7]}. Es más, Vial se espanta de que uno de los firmantes se declare “relativista” a *El Mercurio*, como si estuviera confesando un crimen. Gonzalo Vial, de cualquier forma, pese a sus lúcidas, amenas y monumentales historias generales, es en materia epistemológica una verdadera reliquia decimonónica que no debe ser muy tomada en cuenta.

Con todo, lo más curioso es que quienes son acusados de relativismo no lo son tanto. En efecto, en el *Manifiesto* se observan resabios positivistas. Observemos primeramente este párrafo: “Queremos decir que en Historia se asigna la expresión ‘gesta, hazaña o epopeya nacional’ sólo a las acciones decididas y realizadas mancomunadamente por todo un pueblo, nación o comunidad nacional, actuando en ejercicio de su soberanía”^{8[8]}. La definición parece sacada de una “enciclopedia” dieciochesca, como si la historia tuviera un vocabulario científico establecido, esto al margen de lo correcta que me parezca^{9[9]}.

Más importante que lo anterior es la presencia de ciertos esquemas teóricos que determinan rígidamente la comprensión del pasado, planteando un modelo unívoco y universalista: “Nuestro parecer es que la cuestión de la soberanía y de los derechos humanos es la materia última, esencial, de que trata la Historia”^{10[10]}. El trabajo del historiador, por tanto, debe dar cuenta de los procesos de conquista de la soberanía, entendida ésta como el derecho humano primordial: “La soberanía emana de la libertad individual y colectiva, y los derechos humanos constituyen la consagración jurídica universal de esa dignidad soberana. La historia no es sino el ejercicio de esa soberanía y la revalidación continua de esos derechos”^{11[11]}. Para mayor claridad, soberanía es definida como “la posibilidad de una comunidad de construir por sí misma la realidad que estime conveniente”^{12[12]}. Ciertamente, al sugerir un modelo de interpretación general de la historia los autores están realizando un esfuerzo respetable, pero es dudoso que este modelo que funciona eficazmente para la

^{6[6]} Villalobos, Sergio, “Vientos variables en la historia”, *Cuadernos de Historia*, N°19, Santiago, 1999, p.277.

^{7[7]} Vial, Gonzalo, “Reflexiones sobre un Manifiesto”, *La Segunda*, Santiago, 12-2-1999.

^{8[8]} *Manifiesto de Historiadores*, Op. Cit., p.9

^{9[9]} Esta definición de gesta, hazaña o epopeya nació para oponerse a la afirmación de Augusto Pinochet, para quien el golpe de 1973 alcanzó dicho estatus. Torpemente puede considerarse una epopeya nacional una acción destinada a reprimir a casi la mitad de los chilenos. Personalmente, pienso que las declaraciones de Pinochet no resisten ningún análisis histórico; los firmantes del Manifiesto no debieron rebajarse a responderlas.

^{10[10]} *Manifiesto*, Op. Cit., p.18.

^{11[11]} *Ibid.*

^{12[12]} *Ibid.*

realidad chilena sea aplicable a otras sociedades donde por derechos humanos se entienden cosas distintas. Por lo demás, tampoco es tan claro que la soberanía sea el derecho humano fundamental. Es probable que sí lo sea para los pueblos oprimidos, pero aun para estos el derecho a la vida o la libertad –como señala [Rodrigo Ahumada](#)^{13[13]}-- asoman como derechos más urgentes y universales, aunque, insisto, es complejo hablar de universalidad en esta materia.

Continuando con el concepto de historia tejido por Salazar y compañía, estos señalan el deber de tomar posición, dejando atrás la utopía de la neutralidad. Así, se adjudican la misión de “reconstruir la historia de Chile desde una clara perspectiva de compromiso con sus grandes mayorías”^{14[14]}. El problema es qué se entiende por “grandes mayorías”. Por una parte, al identificarse con ellas no advierten que están, necesariamente, excluyendo a las minorías, incidiendo paradójicamente en esa historia de exclusiones que pretenden erradicar.

Según el discurso de estos autores, las grandes mayorías aluden al “ciudadano”, aquel que lucha por su soberanía. El concepto es amplio, pero se clarifica por su oposición a la clase política: “Este ciudadano-concreto se opone o diferencia críticamente en [la *Historia contemporánea*] respecto de la ‘clase política’, la cual encuentra su definición de ‘clase’ justamente en el acto y proceso de negación de este ciudadano de base, al que utiliza para sus propios intereses de poder”^{15[15]}. Tenemos pues que los miembros de la clase dominante no son ciudadanos. Es justamente el ciudadano el sujeto de la historia para estos autores, ya que es él quien da vida a los procesos sociales. María A. Illanes caracteriza este sujeto como “un actor *concreto*, vital, existencial, de ‘carne y hueso”^{16[16]}.

En síntesis, para Salazar y su escuela la historia del hombre es la historia de la obtención de su soberanía, concebida como la posibilidad de construir la realidad que le plazca. Quienes llevan adelante ese proceso, es decir, el sujeto de la historia, son los ciudadanos. ¿Cómo llega Salazar al concepto de ciudadano? En obras anteriores se había referido a “bajo pueblo”, pero ahora, como bien apunta Illanes, “ha buscado ampliar esta categoría optando por el concepto ‘ciudadano’, en un claro esfuerzo por abarcar una sociedad y una historia más compleja”, pese a que “se ve tentado, a veces, ..., de hablar de ‘baja ciudadanía’ para referirse a un sujeto civil que es excluido de la distribución por arriba, del poder”^{17[17]}. Aunque esta opción me parece más precisa, deriva en definitiva a la de “ciudadano de base”. Pero si el bajo ciudadano o ciudadano de base es aquel que ha sido excluido de la “distribución por arriba del poder”, ¿qué pasa con los sectores medios, que acceden parcialmente, al menos, al poder y a la soberanía? ¿No son sujetos de la historia? ¿Tampoco lo son las clases dominantes? ¿Es que las “grandes mayorías” no incluyen ni a los sectores altos ni medios?

Otro pilar de la construcción teórica que nos ocupa lo constituye el tema del poder: “[La historia se articula] sobre la base de un juego de poderes que

^{13[13]} Ver Ahumada, Rodrigo, “Saber histórico o discurso ideológico”, *Cuadernos de Historia*, N°19, Santiago, 1999, p.279.

^{14[14]} Grez, Sergio y Salazar, Gabriel, “Presentación” a *Manifiesto...*, Op. Cit., p.5.

^{15[15]} Illanes, María Angélica, “Nueva Historia de Chile”, *Cuadernos de Historia*, Op. Cit., p.267.

^{16[16]} *Ibid.*, p.266.

^{17[17]} *Ibid.*

se mueven en direcciones distintas en busca de su hegemonía”¹⁸[18]. Al incorporarse los sectores populares a la lucha por la distribución del poder, se convierten en sujetos históricos. Esto parece contradecirse con lo anterior, pues no niega historicidad a los sectores detentadores del poder. En esa misma línea, [Salazar](#) explica: “La historia debe centrarse en el sentido de lo humano y en la suerte que corren, por tanto, la legitimidad y la soberanía cívicas –expresiones de lo humano como poder-, lo que implica conocer *todas las posiciones involucradas en esa suerte*”¹⁹[19]. (Esta declaración es coherente con el contenido mismo de la *Historia contemporánea de Chile*, donde se analiza en profundidad la participación de todas las fuerzas sociales)²⁰[20].

Asimismo, estos historiadores nuevamente se alejan del relativismo, acercándose a posiciones científicas “duras”, al incurrir –pienso- en una inconsistencia “antihistórica”. Me refiero a la explicación del pasado mediante esencialismos de clase. Para estos historiadores, la oligarquía y el bajo pueblo son ahistóricos, no cambian en el tiempo y conservan imperturbables su esencia. A modo de muestra, Leonardo León, comentando el *Manifiesto*, expresa: “En diferentes tiempos pero siempre con la misma intención, se inventaron los presidios ambulantes, se castigó con el hambre, se llenó la ciudad de discotecas donde se torturaba a los enemigos del régimen”²¹[21]. Demás está decir que según este esquema la oligarquía siempre es culpable del uso y abuso del poder, utilizado para monopolizarlo y para mantener alejado de él al bajo pueblo. Para la profesora Illanes, éste es uno de los grandes méritos de la *Historia contemporánea*, pues “Salazar juega con esta dialéctica del ‘hoy como ayer y del ayer como hoy’, tejiendo magistralmente los hilos de la historia”²²[22]. “Hoy como ayer y ayer como hoy”, es decir, nada cambia en la historia, todo permanece igual: no nos engañemos, la clase dominante del siglo XIX es la misma que se abre al siglo XXI. De esta interpretación deriva un problema mayúsculo para la historiografía, ya que hasta hoy la historia ha sido escrita por esa clase, con los problemas presumibles: “Se fue construyendo una memoria pública que se ajusta globalmente a la imagen que de sí desean tener los que han sustentado y sustentan el poder...No se titubeó en omitir, desterrar, cercenar o mentir respecto de la parte más importante de los procesos que afectaron a nuestra nación.”²³[23](León, 110). Se colige que la parte más importante de nuestra historia es la de los ciudadanos corrientes. Por tanto, es indispensable que los historiadores se ocupen de lo que hasta ahora se ha silenciado. “Al fin de cuentas, prosigue León, lo que se nos enseñó y se nos enseña es que en Chile hay dos historias: la que se conoce y la real”²⁴[24]. Según el autor, en consecuencia, la historia conocida, la de los grandes apellidos, es falsa o pura imaginación; hace falta escribir la real, la verdadera historia de Chile.

[Sergio Villalobos](#) y Rodrigo Ahumada se enfrentan a buena parte de estas concepciones, como veremos. Por de pronto conozcamos su rechazo enérgico a todo lo que huele a teoricismo. Consideran que la única forma válida de aprehender los hechos es a través de los documentos: “Desde los hechos

¹⁸[18] Illanes, María Angélica, “La transformación del historiador Sergio Villalobos”, *Cuadernos de Historia*, Op. Cit., 273.

¹⁹[19] Salazar, Gabriel, “Sobre unas críticas indirectas a la Historia contemporánea de Chile”, *Cuadernos de Historia*, Op. Cit., p.274. El destacado es mío.

²⁰[20] Cabe advertir que en esta investigación no se ha incluido el análisis de esta obra, pues dicha labor ameritaría un estudio aparte y mayor.

²¹[21] León, Leonardo, “Los combates por la historia”, *Manifiesto*, Op. Cit., p.97.

²²[22] Illanes, “Nueva historia...”, Op. Cit., p.267.

²³[23] León, Op. Cit., p.110.

²⁴[24] *Ibid.*

surge, mediante la inducción, el pensamiento teórico y desde este último, a través de la deducción, se desciende a los hechos para ver si caben dentro de la teorización”^{25[25]}. Rechazan que la teoría prevalezca sobre los hechos, lo que remite a las sospechas más evidentes que despertaba el materialismo histórico. Ahumada no vacila en calificar de ideología –de inspiración “hegeliano-marxista”– lo que está detrás del discurso de Salazar y Pinto: en su obra, “la función del historiador no consiste en constituir los hechos sino en construirlos desde su propio paradigma ideológico”^{26[26]}. Agrega que la intención última es utilizar la historia como medio de prueba de tales ideas. Además, para Ahumada esta historiografía se contamina con “categorías metafísicas”, lo que conduce a una “hermeneutización ideológica” del discurso histórico.

Parecen exageradas las reservas de Ahumada, pues de seguir las iríamos a parar a una historia autorreferente, incapaz de teorizaciones y de conceptualizaciones. Es evidente que la historia se hace con documentos, pero tal construcción sería insuficiente si no se enriquece con una reflexión que posibilite la abstracción, la generalización y el diálogo con las ciencias sociales.

3.2.- Función social de la historia hoy

Pienso que en nuestros días es escasa la discusión acerca del rol que debe cumplir el historiador en la sociedad. Esta carencia se hace aun más preocupante en un país como Chile donde las ciencias humanas no son escuchadas en el debate público ni menos en la gestión social. En esa línea, la aparición del *Manifiesto de historiadores* generó la reposición del tema.

En primer término, se valoró la necesidad de elevar el debate intelectual para coadyuvar a la construcción de una sociedad “auténticamente” democrática. Para Fabio Moraga, los historiadores no sólo tienen el deber de ampliar y enriquecer la discusión, sino que tienen el imperativo ético de enjuiciar la trayectoria histórica de una nación “que ha basado su estabilidad en la represión y marginalización de una parte importante de su población”^{27[27]}. Podría marcarse, entonces, un emplazamiento a los historiadores para que se constituyan en una suerte de conciencia de la nación; a eso justamente apunta Leonardo León: “[Debemos evitar] que alguna vez vuelva nuevamente a correr la sangre de chilenos por nuestras calles. Y ...también [evitar] que se intente transformar en héroes a criminales”^{28[28]}.

Ante la pregunta de qué es lo que demanda la sociedad a la historiografía, estos autores afirman consecuentemente que los ciudadanos precisan una historia cercana a sus preocupaciones cotidianas y no ocupada de un pasado remoto, para ello es imperioso establecer “una trama donde la relación entre el presente y el pasado [sea] muy activa, una historia puesta al servicio de las preguntas que el presente le plantea al pasado”^{29[29]}. Si bien esto último suena bastante conocido, no es menos cierto que los historiadores de una vez por todas deben tomárselo en serio y focalizar su trabajo hacia problemas concretos con una resonancia efectiva en la sociedad presente.

^{25[25]} Villalobos, Sergio, “Otoño y primavera en la historia”, *Cuadernos de Historia*, Op. Cit., p.290.

^{26[26]} Ahumada, Op. Cit., p.280.

^{27[27]} Moraga, Fabio, “Responsabilidades históricas”, *Manifiesto*, Op. Cit., p.87.

^{28[28]} León, Op. Cit., pp.111-112.

^{29[29]} Grez, Sergio, “Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del Manifiesto de historiadores”, en Groppo, Bruno y Flier, Patricia (comps.), *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, 2001, p.211.

Una de esas preocupaciones tangibles sería la urgencia de identidad y pertenencia comunitaria que impone el posmodernismo y el avance de la globalización. Sergio Grez constata la necesidad de recordar para así redescubrir el pasado colectivo, tarea que incumbe, evidentemente, a los historiadores. Lo anterior conecta con el tema de la memoria.

3.3.- Historia y memoria

El concepto de memoria –con sus evidentes ribetes psicoanalíticos- ha irrumpido en la reflexión de las humanidades y ciencias sociales a partir de los desgarros sufridos por las sociedades latinoamericanas castigadas por las dictaduras. Para los historiadores ha significado la posibilidad de reponer el ejercicio historiográfico dentro de las necesidades vitales de la comunidad.

La relación entre memoria e historia es bastante obvia, sobre todo para países como Chile donde se acusa a la historiografía “oficial” de establecer una brecha abismal entre su discurso y el recuerdo colectivo de sus ciudadanos. La nueva historia que proponen los historiadores del *Manifiesto* tiene entre sus propósitos suprimir esta distancia: “[La memoria social y popular] necesita que la investigación académica –si se propone ser directa, empírica y socialmente interactiva- confluya con ella y potencie el contenido cognitivo y la conducta histórica de la mayoría popular de Chile”^{30[30]}. Así, historiografía y memoria social se enriquecerán dialécticamente. Esto supone que la memoria social se alimenta de la historia que se escribe, y la historia que hasta ahora se ha escrito ha manipulado la “verdad pública”, incidiendo “en la articulación de la memoria histórica de la nación”^{31[31]}.

Si la memoria social se nutre de la historia “oficial” tanto como de una historiografía “auténtica”, resulta extraño que estos mismo autores declaren luego su autonomía y pureza: “A la larga, de mayor peso y trascendencia [que la memoria pública] es la memoria social, [o sea, la] de las mayorías ciudadanas que han estado sujetas, por décadas y aún siglos, a la exclusión, la pobreza, el empleo precario y la represión. Poco pueden contra esta memoria las relativizaciones de la memoria pública o las pragmáticas amnesias de la memoria oficial”^{32[32]}. Por fin –y continuando con la propensión “ahistórica”- niegan la posibilidad que la memoria cambie, al profetizar que “el pueblo mapuche...no ha olvidado ni olvidará jamás...Tampoco el ‘bajo pueblo’ chileno ha olvidado, ni olvidará”^{33[33]}. En esas circunstancias, ¿qué sentido tiene preocuparse por la “manipuladora” historia oficial, si la memoria social es incólume?^{34[34]}.

3.4.- Posición del historiador

Aun consciente que de todo lo anterior se desprende ya qué lugares puede o debe adoptar el historiador, me abocaré ahora a detallar tales perspectivas.

^{30[30]} “Réplicas a las ‘Reflexiones sobre un Manifiesto’”, *Manifiesto*, Op. Cit., p.36.

^{31[31]} *Manifiesto*, Op. Cit., p.7.

^{32[32]} “Réplicas...”, Op. Cit., p35.

^{33[33]} *Ibid.*

^{34[34]} Más lúcida asoma la proposición de Alfredo Jocelyn-Holt, para quien historia y memoria no se retroalimentan; al contrario, la historiografía registra los hechos que de lo contrario serían preservados por la memoria, degenerando en definitiva esta facultad. “Los historiadores al plantearse como los custodios de la memoria, expropián el recuerdo colectivo. Vuelven el recuerdo del pasado, hasta entonces experimentado como algo vivo, en un pasado-pasado, como algo muerto que se revive precisamente gracias al historiador y su mediación”. Cfr. Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo, “Los laberintos de la memoria: Las estrategias históricas”, en Sáenz, Sonia y Alvayay, Rodrigo (eds.), *La mala fama de la democracia*, Lom, Santiago, 2000.

Gabriel Salazar postula, respecto a este problema, una ruptura con las anteriores generaciones de historiadores, responsables de una historia de Chile escrita “para y desde las élites”^{35[35]}. Frente a las sospechas que le genera esta historia, Salazar prefiere confiar en la historia que los ciudadanos – basándose en sus propios recuerdos- empiezan a escribir por su cuenta. Por lo demás, “tanto el conocimiento histórico como cualquier otra forma de conocimiento se construye desde la posición en la que se sitúa, concretamente, el sujeto cognoscente, cualquiera sea el desarrollo intelectual de éste”^{36[36]}. Esto abre varias lecturas posibles. La primera se cuestionaría la vigencia del historiador profesional, en vista de la intrascendencia del desarrollo intelectual del sujeto cognoscente. Una segunda lectura validaría la historia “para y desde” la élite, pues el historiador no puede escapar de la posición desde la cual conoce. Todavía una tercera lectura consagraría al historiador como el árbitro encargado de sintetizar las distintas historias sectoriales, esto suponiéndolo capaz de liberarse de su sitio cognitivo. El autor tiende a propugnar esta última alternativa: “El trabajo actual del cientista social es operar y desarrollar el conjunto dialéctico de verdades posicionales, sin autohipnotizarse con supuestas verdades absolutas”^{37[37]}. Sin embargo, este mismo cientista social “puede’ –y a veces, éticamente, ‘debe’- situarse en una u otra posición, y a menudo optar por posiciones no-tradicionales y no-oligárquicas ni elitistas”^{38[38]}. El historiador pasaría entonces de árbitro a vocero, siempre que no se transforme en vocero de las élites, lógicamente.

Con todo, Salazar consigue dar con una propuesta equilibrada que acentúa la diversidad: “la ciudadanía chilena necesita conocer...algo tan variado, multifacético, plural y democrático cómo es ella en sí misma. Necesita recorrer todas las ‘posiciones’ posibles”^{39[39]}.

A Rodrigo Ahumada no parecen convencerle estas buenas intenciones. Apuntando al compromiso (explícito) que los autores de la *Historia contemporánea* asumen con las mayorías ciudadanas, les objeta el derecho a arrogarse su representación: “¿Quién les puede garantizar a Salazar y Pinto que ellos han recibido una suerte de *don* especial para tener la capacidad ‘intelectual’ de captar la ‘mirada’ del ciudadano?”^{40[40]}.

Ahumada aboga todavía por la objetividad del historiador, desautorizando la “historia desde abajo” o desde la ciudadanía. Atinadamente, concluye que “si ‘la mirada del ciudadano constituye el único estrado desde donde los hechos y procesos históricos’^{41[41]} se investigan ‘en su condición de verdad (tarea de los historiadores)’, entonces ya no nos encontramos ante un historiador realizando una tarea de investigación, sino que ante un ‘vocero’ o ‘dirigente’ realizando una tarea política”^{42[42]}.

3.5.- Visión de la historia de Chile

^{35[35]} Salazar, “Sobre unas críticas...”, Op. Cit., p.274.

^{36[36]} Ibid. Sergio Villalobos se rebela ante la opción de considerar a pobladores de La Legua como legítimos historiadores. A lo más, su testimonio serviría como fuente oral del pasado reciente (Villalobos, “Vientos variables...”, Op. Cit., p.277).

^{37[37]} Salazar, “Sobre unas críticas”, Op. Cit., p.274. Muy parecida es la postura –clásica- de Villalobos, sólo varía el lenguaje: “es el historiador general el que sintetiza los resultados y los pasa por el tamiz de la crítica para dar a cada uno lo suyo”(Villalobos, “Vientos variables”, Op. Cit., p.277).

^{38[38]} Salazar, “Sobre unas críticas”, Op. Cit., p.274.

^{39[39]} Ibid., p.275.

^{40[40]} Ahumada, Op. Cit., p.279.

^{41[41]} Ahumada está citando la *Historia contemporánea de Chile*.

^{42[42]} Ibid., p.281.

En el análisis de las interpretaciones de la historia chilena es apreciable cómo operan en la práctica algunos de los conceptos que hemos visto antes desarrollados.

Insistamos una vez más en que para los autores del *Manifiesto* y la *Historia contemporánea*, el eje que articula el devenir histórico es el pueblo ciudadano. Pero para que el ciudadano adquiriera en plenitud su condición de sujeto de la historia, se sostiene que debe poseer un proyecto propio o un discurso reivindicativo explícito que revele, además, su conciencia de clase. Como la elaboración autónoma de este proyecto es más que dudosa y además tardía, estos historiadores se han empeñado en considerar la mera resistencia al poder como el anhelado proyecto. El proyecto de la baja ciudadanía, según ellos, “se expresa en la negativa a su proletarización económica y política y... en su resistencia al privilegio de clase... No tanto el ‘desdén’ del pueblo, sino la insolencia, la gallardía, el rostro alzado frente a frente y el desprecio del pueblo respecto a una clase que pretende construir sus privilegios sobre sus espaldas. Tanto su instinto como su conciencia ‘igualitaria’ ha sido y es el proyecto del ciudadano chileno”^{43[43]}.

Frente a estos argumentos se alzan los apolíneos razonamientos de [Sergio Villalobos](#). Para él es un despropósito negar el papel conductor de las élites en la construcción de la nación; al mismo tiempo comparte la crítica a la historiografía tradicional, la que prescindió del pueblo y de la clase media^{44[44]}. Ciertamente, Villalobos no cuestiona el valor –para él, absoluto- de construir una nación, ni tampoco si esta construcción ha resultado positiva o negativa para su población, cayendo incluso en el simplismo de glorificar progresos materiales puntuales atribuidos a la élite.

[María](#)

[A. Illanes](#) le replica calificándolo de mecanicista. Lo acusa de concebir la sociedad como un sistema solar donde el sol es la élite –el sujeto por excelencia- y los planetas los demás actores despojados de “sujeto autónomo”. No obstante, agrega Illanes, los sectores populares poseen poder, el que se expresa en la voz que demanda el derecho a una vida más digna^{45[45]}. No dejan de confundirme estas aseveraciones, pues ¿no estaba el pueblo excluido de la distribución del poder? Luego, ¿no es tanto o más “mecanicista” definir a la ciudadanía como todo aquello que *no* es la élite, trazando así una imagen polarizada de la historia?

3.6.- La historiografía chilena

Debo advertir que aquí repetiré conceptos sobre la historiografía chilena que ya se han esbozado. De hecho, conocemos bien el desprecio prácticamente unánime que despierta la llamada historiografía tradicional. Claro que con este término se designan cosas distintas. Para Villalobos abarcaría a los historiadores liberales y conservadores que dominaron la producción hasta 1950, mientras que para Salazar la corriente –que también llama “positivista”- se prolonga hasta incluir al propio Villalobos^{46[46]}. Ambos coinciden en que desde

^{43[43]} Illanes, “Nueva historia”, Op. Cit., p.268.

^{44[44]} Villalobos, Sergio, “Historia incompleta”, *Cuadernos de Historia*, Op. Cit., p.271.

^{45[45]} Illanes, “Sobre la transformación”, Op. Cit., p.273.

^{46[46]} Villalobos refuta este menosprecio por los positivistas, aduciendo que con su abnegada labor hicieron posible que historiadores como el propio Salazar se lanzaran al vuelo de la interpretación. Es sintomático que un siglo y medio antes Andrés Bello le sugiriera al impetuoso Lastarria cultivar una historia positiva y factual antes que ensayar una de corte filosófica.

mediados del siglo XX se observan tendencias renovadoras. Con todo, quien mejor caracteriza la denostada historia tradicional es Leonardo León.

Dramático es el cuadro que traza. En él asoma una historiografía culpable de omitir, “por segunda vez” (la primera es responsabilidad de la historia-devenir), la historicidad de “mapuches, desterrados, exiliados, bandoleros, sacrilegos y blasfemos, rotos insolentes e inquilinos arrogantes, libertinas y malévolas”^{47[47]}. El historiador, que sólo debía narrar la historia de la gente decente, ocultó “el lado oscuro y subterráneo de nuestros procesos formativos, escondió en el desván sus monstruos y barrió bajo la alfombra lo que estimaron sucio, poluto, asqueroso y vulgar”^{48[48]}.

Para remediar o al menos mitigar tamaña catástrofe es que emerge la historia social, tal vez demasiado tarde: “Lo más terrible, como historiador, es saber que ese mundo [popular] ha desaparecido, justo cuando los grandes pensadores de la Historia se dieron cuenta que allí crecía el material más precioso en el desenvolvimiento de nuestra narrativa; cuando desde Francia, Inglaterra, España y Norteamérica nos anunciaron con bombos y platillos que la historia del pueblo sí tenía sentido”^{49[49]}.

Entre quienes se dedicaron a esa tarea se inscribe el mismo Villalobos, quien con bastante razón recuerda que hace veinte años, en la introducción al primer tomo de su *Historia del pueblo chileno*, se propuso escribir una “historia de los grandes procesos, que incluyese todos los elementos del acontecer, marcando alguna preferencia por el económico y el social, dentro de un concepto de historia de lo masivo y anónimo. Ahí debían estar incluidos todos los sujetos del pasado”^{50[50]}.

Sin duda, no es este el lugar para resolver el grado de rigurosidad de muchas de las anteriores afirmaciones. Pero sí se podría recomendar un poco de mesura que impida incurrir en caricaturizaciones. Con seguridad, ni la historia tradicional fue tan ciega ni la nueva tan visionaria...

3.7.- Estado de la disciplina.

Ciertos desacuerdos menores entre las partes son bastante ilustrativos del estado de nuestras discusiones.

Tal es el caso del dispar enfoque hacia lo que se está haciendo en Europa. Rodrigo Ahumada plantea que la propuesta de Salazar y Pinto está obsoleta, pues en el Viejo Mundo los historiadores, cansados de estructuras y actores colectivos, vuelven progresivamente al evento y a las personalidades históricas^{51[51]}. Los autores aludidos, en un esfuerzo por mostrarse “al día” con los europeos, responden que allá, en realidad, se están centralizando “sujetos sociales que, al revalorizar su propia memoria, potencian su identidad de sujeto, su calidad de ‘actor’ y su pertenencia a ‘comunidades cívicas’”^{52[52]}.

^{47[47]} León, Op. Cit., p.94.

^{48[48]} Ibid., p.108.

^{49[49]} Ibid., p.98.

^{50[50]} Villalobos, “Vientos variables”, Op. Cit., p.276.

^{51[51]} Ahumada, Op. Cit., p.283.

^{52[52]} Pinto, Julio y Salazar, Gabriel, “Crítica histórica o añejez ideológica”, *Cuadernos de Historia*, Op. Cit, p.285.

Un segundo aspecto estriba en la relación de la historia con las ciencias sociales. Mientras en Occidente la tendencia hacia la transdisciplinariedad es cada vez más fuerte, en Chile la sola cercanía de la historia con las ciencias sociales provoca notables resistencias. En esa línea se enmarca el reclamo de Ahumada ante una obra como la de [Pinto y Salazar](#), que le parece una amalgama “en la cual es imposible diferenciar lo que pertenece propiamente al trabajo del historiador y lo que corresponde más bien a la tarea de los científicos sociales”^{53[53]}.

Villalobos no se distancia demasiado cuando confiesa que la *Historia contemporánea* le resulta incomprensible “por las categorías que se manejan y la forma de expresarse...[por] la construcción de la frase, el lenguaje para iniciado y el discurrir por lo abstracto de lo más abstracto... Avanzo a razón de cuatro páginas por hora y temo que el esfuerzo me deje exhausto”^{54[54]}. Villalobos no oculta su molestia ante tanto concepto tomado prestado de la ciencia política o la sociología. Sin embargo, no deja de tener razón en el sentido que tan trabajosa prosa no se condice con la intención de escribir la historia desde y para el ciudadano corriente.

4.- Conclusiones

¿Es moderna la historiografía chilena? ¿Es vanguardista? ¿Acaso es retrógrada? El único camino para intentar contestar estas preguntas es la comparación; compararnos con lo que se discute en otras partes del mundo o, mejor dicho, en aquellas partes del mundo de las que estamos mejor informados.

Considero que varios de los conflictos en los cuales nuestros historiadores se enfrascan apasionadamente son materia superada en los centros intelectuales. Se ha dejado atrás el tema de la objetividad, de la verdad absoluta, de la separación rígida entre las ciencias, de los peligros de la ideología; han caído en desuso las grandes teorías explicativas, el culto al hecho y al documento, los maniqueísmos y esencialismos. Es cierto que el posmodernismo impuso un relativismo extremo, pero aunque hoy se experimenten resistencias en su contra ya es imposible retornar a los imperios del positivismo.

Como contrapartida, se observan reflexiones que se hayan muy presentes en el debate internacional. Puede afirmarse que la historiografía chilena no está desfasada en la utilización y aceptación de los diversos métodos y fuentes con que hoy se construye el conocimiento histórico. Prueba de ello es el desarrollo y consagración de la historia oral como una práctica perfectamente válida. Asimismo, tan vigorosa como en otros lares es la preocupación por el sujeto, tanto por el sujeto-cognoscente como por el sujeto-actor. Tampoco se aprecia retraso en aquellas materias que exigen la globalización y el neoliberalismo: la identidad, las comunidades locales, la sociedad civil. Finalmente, y con seguridad estimulada por los avatares de la segunda mitad del siglo XX, en Chile se tolera, se difunde y se demanda historia del tiempo presente, lo que se hace urgente en la medida que no saldemos nuestras deudas con el pasado inmediato.

Con relación a lo anterior, debe destacarse el gran impulso del tema de la memoria, que nos toca tan de cerca por las mismas razones expuestas para

^{53[53]} Ahumada, Op. Cit, p.280.

^{54[54]} Villalobos, “Historia incompleta”, OP. Cit., p.271.

el caso de la historia reciente. Quizá sea apresurado calificar de vanguardistas las investigaciones criollas que ligan historia y memoria, pero pienso que más de algún aporte se ha hecho y puede hacer.

Los temas cuya ausencia es sensible en nuestras polémicas –no quiere decir esto que en otros géneros historiográficos no se toquen– debido a la vigencia que han adquirido recientemente son los siguientes: la querrela del narrativismo, o en qué medida el discurso de la historia no se diferencia del discurso literario ni en la forma ni en el contenido; la crisis de la historiografía con posterioridad al fin de los grandes paradigmas; la naturaleza peculiar del conocimiento historiográfico y su especificidad con respecto a los otros discursos científicos; la respuesta apropiada al “giro lingüístico” y su percepción del lenguaje como una “realidad” en sí misma y la única posible de conocer; el problema de la representación del conocimiento histórico; las implicaciones de la “nueva historia cultural”; los misterios del tiempo^{55[55]}.

Para finalizar, me permito sugerir algunos asuntos a los que los historiadores chilenos debiéramos prestar mayor atención. En primer término, y aunque parezca obvio, es urgente ampliar y profundizar el debate acerca de los propios temas epistemológicos. Luego, es imperioso seguir cuestionándose sobre la función social de la disciplina, para dilucidar cuál debe ser nuestro aporte y qué es lo que la sociedad nos demanda. Paralelamente, sería útil discutir las dimensiones éticas de nuestra profesión, aspecto central para otros oficios que sin embargo para la historia ha pasado inadvertido. En otro plano, considero indispensable repensar para quien se escribe y qué lenguaje emplear. De lo contrario la historia seguirá siendo leída apenas por los mismos historiadores. Evidentemente, es crucial plantearse qué historia hacer, qué temas abordar, qué problemas de nuestro presente iluminar, por fin, qué tiene sentido investigar.

5. Bibliografía

1. Grez, Sergio y Salazar, Gabriel (compiladores), *Manifiesto de historiadores*, Lom, Santiago, 1999. 122pp. Contiene los siguientes textos:
 - “Manifiesto de historiadores”.
 - “Réplicas a las ‘Reflexiones sobre un Manifiesto’”.
 - Garcés, Mario, “En torno al ‘pesado trabajo’ del historiador en el Chile contemporáneo”.
 - Gazmuri, Cristián, “Pinochet y su imagen histórica”.
 - Villalobos, Sergio, “El dilema de la historia”.
 - Sagredo, Rafael, “Chile y su historia”.
 - Moraga, Fabio, “Responsabilidades históricas”.
 - León, Leonardo, “Los combates por la historia”.
 - Grez, Sergio, “Los historiadores. El caso Pinochet y el ejercicio de la ciudadanía”.
2. Vial, Gonzalo, “Reflexiones sobre un Manifiesto”, *La Segunda*, Santiago, 12-2-1999.
3. Grez, Sergio, “Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del *Manifiesto de historiadores*”, en Groppo, Bruno y Flier, Patricia (comps.), *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, 2001.

^{55[55]} Cfr. Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 134-189.

4. “Dos ángulos de la historia”, compilado por Comité Editorial, *Cuadernos de Historia*, N° 19, Santiago, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, 1999, pp. 265-290. Todos los artículos que incluye fueron publicados originalmente en el diario *El Mercurio* de Santiago. Entre paréntesis se indica fecha de aparición.
- Illanes, María Angélica, “Nueva historia de Chile” (9-5-1999).
 - Villalobos, Sergio, “Historia incompleta” (16-5-1999).
 - Illanes, María Angélica, “La transformación del historiador Sergio Villalobos” (6-6-1999).
 - Salazar, Gabriel, “Sobre unas críticas indirectas a la *Historia contemporánea de Chile*” (6-6-1999).
 - Villalobos, Sergio, “Vientos variables en la historia” (20-6-1999).
 - Ahumada, Rodrigo, “Saber histórico o discurso ideológico” (27-6-1999)
 - Pinto, Julio y Salazar, Gabriel, “Crítica histórica o añejamiento ideológico” (18-7-1999).
 - Villalobos, Sergio, “Otoño y primavera en la historia” (22-8-1999).

Fuente: *Pensamientocrítico.cl*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

